

tes. Comenzaba así la integración en media escala, que ofrece en un solo circuito funciones propias de subsistemas electrónicos tales como sumadores binarios, contadores digitales, registros de desplazamiento, decodificadores y "memorias" de cuatro bits. De nuevo este nivel de integración es prácticamente historia. A finales de 1969 aparece la integración en gran escala o LSI (con miles de componentes por circuito). Aunque existen CI en LSI fabricados en tecnología bipolar, el gran auge de este nivel de integración y las perspectivas de futuro se deben a la adopción de la tecnología MOS. A partir de 1965 empiezan a usarse los transistores unipolares en circuitos integrados. De todos ellos, el presente y el futuro próximo está controlado por los MOS, en especial la familia C-MOS. Este nivel de integración abre las puertas de la actual etapa revolucionaria dentro de la tecnología del estado sólido: Aumenta constantemente la densidad de componentes integrados y se introduce al ordenador como instrumento de diseño y control de fabricación. Es decir, la propia tecnología se realimenta y autoabastece. Los transistores y los circuitos integrados que hicieron posible el diseño de los modernos computadores dieron pie al desarrollo de aplicaciones software en diseño asistido por computador, gráficos, editores, etc., que han vuelto al laboratorio y a la fabri-

ca para potenciar el proceso de desarrollo y fabricación de nuevos circuitos. Y así constantemente.

4. REFLEXIONES FINALES SOBRE ELECTRÓNICA Y COMPUTACIÓN

Hace 50 años que Bardeen y Brattain descubrieron el transistor y con él la posibilidad de desarrollar hasta límites entonces insospechados el hardware de nuestras máquinas. Hace 17 años que Allen Newell escribió un trabajo sobre "el nivel de conocimiento", como un nivel adicional por encima del programa y de la Electrónica, en el cual se tienen que describir primero todos aquellos procesos que queremos hacer computacionales. Es decir, todos aquellos modelos que más tarde van a convertirse en algoritmos, estructuras de datos y programas en el "nivel de los símbolos" y finalmente, en configuraciones de niveles de tensión y corriente en miles de millones de transistores a los que llamamos microprocesador, memoria RAM, registros de desplazamiento o temporizador. Es decir, al *nivel físico* de toda computación.

Al lanzar la vista hacia atrás y comparar la evolución de los tres niveles de la computación (el nivel de conocimiento, el de los símbolos y el de los transistores -el físico-) nos parece curioso detectar que los

problemas se encuentran justo donde menos se pensaba hace medio siglo que deberían encontrarse. Es decir, el avance de la Electrónica integrada ha sido tal que ha dejado atrás a los otros dos niveles. Hoy tenemos más máquinas que modelos. De hecho hay un exceso de ingeniería electrónica junto a un clamoroso déficit de ingeniería del conocimiento. Para conseguir un avance armónico de los tres niveles nos parece evidente que el gran esfuerzo y el desafío de comienzos del próximo milenio deberá centrarse en desarrollar el modelado a nivel de conocimiento de aquellas tareas genuinamente humanas que deseemos hacer computables. Su "excelencia" el transistor y la tecnología electrónica a la que dio origen van de momento por delante.

AGRADECIMIENTO

Quiero agradecer a mi compañero, y sin embargo amigo, el Prof. Javier García Sanz, el haberme facilitado una copia del trabajo original de Bardeen y Brattain ("The Transistor, A Semi-conductor Triode") y las ilustraciones sobre la estructura original de los distintos transistores, tomadas de un trabajo de Ian Ros.

José Mira Mira
Dpto. de Inteligencia Artificial

COLABORACIONES CIENTÍFICAS DE OTRAS RAMAS DEL SABER

Ganivet y la reacción anti-científica del fin de siglo

1. LA CUESTIÓN DE LA CIENCIA EN LA EUROPA FINISECULAR

Al cumplirse este año el primer centenario de la muerte de Ángel

Ganivet¹, escritor granadino que ha sido denominado precursor de la Generación del 98, nos proponemos

¹ El suicidio de Ganivet en el río Dwina tuvo lugar en Riga, el 29 de noviembre de 1898, cuando el novelista contaba 32 años y ostentaba el cargo de cónsul español en Finlandia. A tan temprana edad, ya había publicado sus dos novelas (*La conquisista del reino de Maya* y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*), así como su ensayo *Idearium español* y las colecciones de artículos periodísticos *Granada la bella*, *Cartas finlandesas* y *Hombres del norte*.

indagar la reacción detectada en un grupo de intelectuales europeos frente al avance científico y al enorme desarrollo tecnológico que se experimentó en las últimas décadas del siglo XIX, en íntima conexión con el afianzamiento de una economía capitalista de marcado carácter industrial. La distorsionada figura de Ganivet oculta una interesante y complejísima posición ante la ciencia y la tecnología de hace un siglo,

contradictoria en algunas ocasiones, pero que da a entender de qué modo y manera se produjo el impacto tecnológico-industrial en una sociedad rural como la de su época; pese al conservadurismo tradicionalista que se le ha venido achacando, el pensamiento ganivetiano es algo más que una mera reacción ante un fenómeno novedoso, cual era la primacía de la técnica en la vida cotidiana y en todas sus extensiones (desde el urbanismo a las comunicaciones, del reparto del trabajo a la vida familiar o doméstica), puesto que se convierte en una reflexión sobre la función de la ciencia en una sociedad que experimenta bruscas convulsiones a causa de las transformaciones que la tecnología había provocado en su entorno.

La elección de Ganivet para realizar estas pesquisas está motivada por el hecho de que sea uno de los más desconocidos pensadores de la época, pese a haber dedicado gran cantidad de páginas a la exposición de la problemática discusión entre el idealismo y el positivismo, así como por haber coincidido con uno de los máximos exponentes de la oposición anti-técnica española al europeísmo industrial; nos referimos al rector de la Universidad salmantina Miguel de Unamuno, a quien Ganivet conoció mientras preparaban oposiciones a la Cátedra de Griego.

La obra de Ganivet, y en concreto su reflexión sobre la ciencia y el avance tecnológico, se desarrolla en un contexto cultural en que se produce una reacción generalizada de pensadores e intelectuales europeos frente al cariz que estaba adoptando el capitalismo, inspirándose todos ellos en el ataque furibundo lanzado por el filósofo alemán Federico Nietzsche contra el sistema racional y sus secuelas científicas que habían encontrado en el positivismo su máxima expresión. Existe un movimiento neoidealista finisecular en el que cabría interpretar los planteamientos ganivetianos, y con ellos los de varios miembros de su generación (Unamuno, Azorín, Baroja) que se retrotraen a un tradicionalis-



Ángel Ganivet (1898-1998).

mo español pre-capitalista. Ganivet cita en una de las cartas de *El porvenir de España* a Tolstoi como combatiente no sólo contra la guerra, sino también contra el progreso; Santiáñez-Tió, por su parte, menciona a los modernistas (Santiago Rusiñol sería un buen ejemplo con la colección de forjas contenidas en el *Cau Ferrat* de Sitges) que apuestan por el “renacimiento de los oficios artísticos”, así como menciona el paralelismo existente entre Ganivet y Carlyle, en cuanto ambos rechazan la modernidad y el maquinismo.

En diversas ocasiones, Ángel Ganivet hace mención a la situación del pensamiento científico de su época, y ya en su primer escrito (una tesis doctoral que le fue recha-

zada en la Universidad Central de Madrid), titulado *España filosófica contemporánea* realiza una larga reflexión sobre el auge del positivismo materialista y su conexión con el pensamiento socialista, representado —para Ganivet— por la figura de Proudhon, si bien no encuentra en esta relación una derivación lógica entre ambos sistemas. Más adelante se hará ver que estas escuelas no tienen en España una presencia más que a través de traducciones, por lo que el debate o polémica de la ciencia española se mantiene dentro de la tendencia tomista representada por autores como Ortí y Lara, Catalina, Pidal y el padre Mir.

Para Ganivet, lo específico de la ciencia española es su ausencia de

utilidad pragmática, como podemos observar en *Granada la bella*:

“Existe una ciencia española, precisamente porque no es como las demás. Nuestra ciencia está en nuestra mística hasta tal punto, que cuando algún sabio español, como Servet o Raimundo Lulio, ha hecho un descubrimiento, lo ha hecho incidentalmente, en una obra de discusión teológica o filosófica; porque nuestra naturaleza repugnó siempre la ciencia de segundo orden, que hasta ahora ha venido a ocupar el primer lugar (pág. 46).

En virtud de esta especialidad, la tesis final que el autor defiende en *España filosófica contemporánea* es la de la conveniencia de “una reforma radical en el campo de la filosofía científica” (pág. 672), ante la perspectiva de una aplicación tecnológica de la ciencia alienante del ser humano.”

2. AÑORANZA DEL PRECAPITALISMO ARTESANAL

Ángel Ganivet había nacido en un mundo precapitalista, artesanal, que estaba a punto de desaparecer por las nuevas condiciones tecnológicas, llevándose consigo el mundo ambiental y familiar por el que el escritor muestra su predilección tanto en la teoría como en la práctica; en diversas ocasiones se opone a las modificaciones urbanísticas que habían destruido el encanto artístico de ciudades como su Granada natal, que sufría por entonces una salvajemente civilizada reforma, consistente en la eliminación de las callejuelas de origen árabe, para construir enormes avenidas faltas de espíritu. Pero el símbolo de este cambio de situación es, para Ganivet, el uso de la luz eléctrica, que acababa con la intimidad de la vida doméstica: así lo expresaba en ese alegato contra el progreso y la modernidad devastadora que es *Granada la bella*:

“El candil y el velón han sido en España dos firmes sostenes de la vida familiar, que hoy se va relajando

por varias causas, entre las cuales no es la menor, el abuso de la luz. El antiguo hogar no estaba constituido solamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su calor escaso y su luz débil obligaban a las personas a aproximarse y a formar un núcleo común” (pág. 13).

Esta teoría es expuesta también en la novela satírica *La conquista del reino de Maya*, cuando el conquistador Pío Cid, protagonista y *alter ego* del autor, introduce la luz eléctrica en el inventado poblado africano y distorsiona con ello sus costumbres locales. El propio Ganivet solía encerrarse a oscuras en su habitación cuando vivía como estudiante en casas de huéspedes madrileñas (costumbre reflejada en la novela autobiográfica *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*) y ya como diplomático en Amberes, como si sufriese de alguna extraña dolencia fofofóbica.

La amenaza técnica no sólo afecta al emergente mundo del proletariado industrial, sino a una pequeña burguesía vinculada a la propiedad rural y a las costumbres de un mundo repleto de tradiciones y supersticiones encubiertas de fe y religiosidad: Ganivet mitifica el mundo de su infancia, el paraíso perdido del pasado al que no ha de volver, y cuyo desplome provocará una insondable crisis de fe, un proceso interior de contradicciones que permiten calificar a Ganivet como “un místico sin fe”. Ganivet se debate entre dos mundos y dos realidades que empiezan a ser contradictorias y cuya compaginación le supone una crisis personal que resuelve al modo idealista aferrándose a lo caduco. En una época de cambios y transformaciones, la perplejidad existencial de Ganivet proviene de la remodelación de un universo vital del que se siente expulsado y cuya causa última es el avance tecnológico, con sus nuevas necesidades y la consiguiente destrucción de los valores tradicionales de la sociedad pre-capitalista en los que fue educado. No obstante, no hay un cerrilismo ultramontano en su posición (y oposi-

ción), sino un interés conciliador, como puede observarse en la siguiente declaración:

“Necesitamos maquinistas, electricistas, obreros mecánicos; créense escuelas y tengamos todos aquellos órganos útiles para la vida colectiva: pero que el organismo principal, con su viejo carácter, quede en pie: que la introducción de una cosa nueva no lleve consigo la destrucción de una vieja” (*Granada la bella*, pág. 48).

3. REACCIÓN FRENTE AL PROGRESO INDUSTRIAL

Una vez hemos observado la influencia que en la vida personal de Ganivet tiene el derrumbamiento de los viejos hábitats de producción (no debemos olvidar que perteneció a una familia de molineros instalados en Granada, cuyo domicilio era a su vez una fábrica, y que su destino debiera haber sido hacerse cargo del negocio familiar), pasaremos a detallar en qué frentes se propuso atacar el progreso tecnológico-científico de su época. Para empezar, en su temprana y fallida tesis doctoral, *España filosófica contemporánea*, Ganivet arremete contra el positivismo puesto que éste sólo pretende “el provecho, el interés o la conveniencia”, siendo aún más duro en su correspondencia privada, cuando en una carta a su madre escrita en Amberes el 10 de octubre de 1893 enfatiza:

“Todo cuando se cacarea de civilización y progreso se reduce, por lo menos aquí y creo que en todos lados, a que todo el mundo aprenda a robar mejor y sin escúpulo” (Gan Giménez, 1979: 61).

Este espíritu anti-técnico de Ganivet ha sido puesto de relieve por todos sus estudiosos, quienes afirman que Ganivet “rechaza los tecnicismos, el progreso, las falsas ideas” (Llona, 1990: 23), “despreciaba el saber científico y los adelantos técnicos, condenaba el afán de lucro y la absorción en la economía” (Olmedo, 1965: 333) o como

indica Fernández Sánchez-Alarcos (1995: 67):

“Subsiste a lo largo de toda la obra de Ganivet un acusado malestar por los cambios que ha traído consigo el progreso: en las relaciones humanas, en la naturaleza, en las ciudades y en las cosas.”

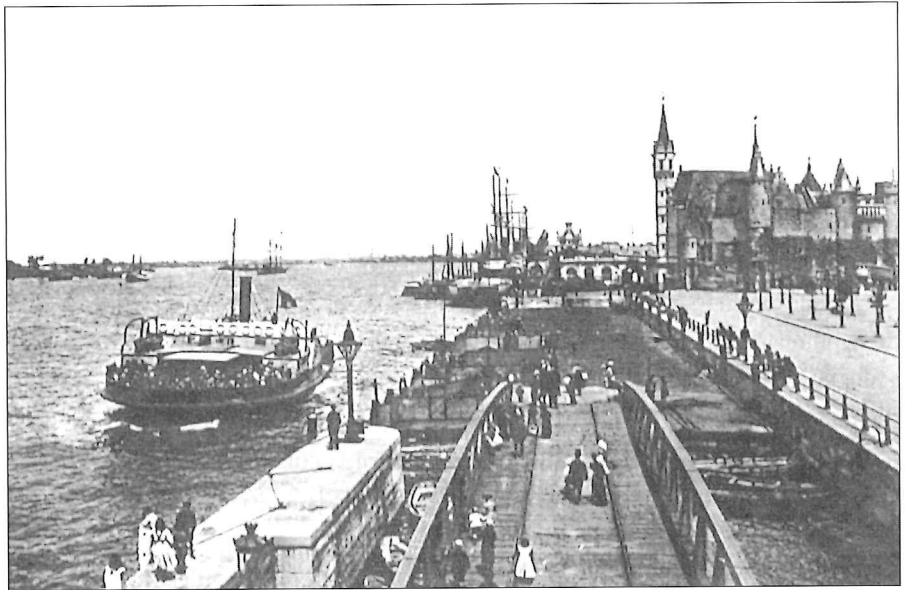
Hay, en la vida de Ángel Ganivet, un punto de inflexión, un momento a partir del cual esta oposición al capitalismo industrial (identificado con la aplicación tecnológica de la ciencia) se convierte en un odio visceral; nos referimos a su traslado a Amberes, centro europeo de la moderna explotación colonial de los países africanos. Aún en *Idearium español* puede leerse —aunque no sabemos si responde a un afán irónico— la siguiente declaración:

“Yo aplaudo a los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X” (pág. 23).

Pero el neoidealismo ganivetiano se rebela contra el adocenamiento intelectual que supone esta primacía técnica, avalada por el positivismo, por lo que con su habitual sentido del humor, en *Granada la bella* se queja del deterioro del saber en virtud del interés pragmático:

“En España se han creado cátedras de gimnasia a expensas del latín: pronto se crearán escuelas de telefonistas a expensas de la Facultad de Filosofía” (pág. 48).

Para el escritor andaluz, recluido en su estancia en Helsingfors, desde donde redacta las *Cartas finlandesas*, el hombre que responde al afán técnico con una actividad febril, no es digno de encomio sino más bien digno de lástima por el desequilibrio orgánico gracias al cual se pasa la vida rodando por los trenes, dando órdenes por telégrafo y por teléfono o yendo como una centella en velocípedo (pág. 41).



Puerto y embarcadero de Amberes en los años en que residía en la ciudad Ganivet.

La crítica al avance técnico acaba siendo un alegato contra la artificialidad de la civilización, tal como se pone de manifiesto a lo largo de su primera novela, *La conquista del reino de Maya*.

La sociedad moderna ha hecho gravitar todos sus valores sobre apariencias y aspectos externos, como el número de kilómetros de vía férrea, frente al arte y la cultura, por lo que surge una desconfianza atroz a todo aquello que tenga el más mínimo atisbo de científico. Hay en esta reacción un carácter profundamente moderno, al que apenas se suele aludir, puesto que Ganivet se rebela frente a la utilización militarista del progreso científico, al que se refiere en diversas ocasiones con ironía; de ahí que compare a la guerra con una lucha científica, culminando así una interesante comparación entre el glorificado empeño de conquista militar por parte de un ejército tecnificado (“con armas de mucho alcance, con ametralladoras de tiro rápido y con cañones de grueso calibre” [*Idearium español*, 46]).

No es, por lo que vemos, nada positiva la consideración que merece para Ganivet la ciencia, puesto que ésta ha venido a desmembrar y fragmentar al ser humano en tanto que instrumento de trabajo, engranaje de una maquinaria que sólo

atiende a la satisfacción de necesidades artificiales. Sin lugar a dudas, el progreso científico-técnico, en todas sus modalidades, es considerado por Ganivet un mal, pues introduce una inseguridad en el individuo y en el modelo social conocido por el escritor en su infancia: la ciencia ha introducido nuevos valores, pautas de comportamiento desconocidas hasta entonces y sobre todo un nuevo modelo de relaciones económicas, en el que la propiedad móvil es más importante que la propiedad fija o inmueble, la de la tierra, sustento del mundo agrario, artesanal y pretecnológico del que procedía. Ante esta inestabilidad y dinámica transformadora de la sociedad, Ganivet no puede sino transmutar los valores y considerar —por boca del Hernán Cortés aparecido en sueños a Pío Cid al final de *La conquista del reino de Maya*— que lo que hoy llamamos civilización, bien pudiera ser la barbarie precursora de otra civilización más perfecta (pág. 233).

4. CINISMO Y NATURALEZA

El temor a la aplicación de la ciencia está expresado por Ganivet en *Granada la bella*, donde alude al peligro existente en toda transformación, que el progreso mecánico

favorece. Dichas transformaciones suelen conllevar una transformación psicológica al tiempo que económica, lo que puede comprobarse en las actitudes y denominaciones que supone la introducción del ferrocarril y la supresión de los medios de transporte antiguos. Este mismo motivo será objeto de burla al inicio de *Idearium español*, donde Ganivet ironiza:

“Han proporcionado al hombre ciertas comodidades, no del todo desagradables, como el poder viajar de prisa, aunque por desgracia sea para llegar adonde lo mismo se llegaría viajando despacio” (pág. 22).

El verdadero peligro del progreso material es que puede suponer una alteración en la naturaleza humana, por lo que en defensa del individuo Ganivet hace referencia a los neorreaccionarios (entre los que incluye al dramaturgo Ibsen) que deben luchar contra la sociedad e incluso “destruirla para mejorarla”. Progresivamente, Ángel Ganivet abomina de la artificialidad social para acceder a un estado de lo que él considera natural: para él, el trabajo manual, por ejemplo, es un elemento propiciador de la fraternidad humana en tanto en cuanto pertenece al ámbito de las relaciones sociales, económicas y humanas que se le han presentado como naturales, incuestionados. En este proceso de descalificación de las convenciones sociales, Ganivet se identifica con la filosofía cínica, la más antisocial y menos convencional de las escuelas griegas. Este naturalismo es de un idealismo indudable, en tanto en cuanto Ganivet rechaza todo aquello que califica como “vulgaridades rutinarias”, frente a las cuales se levantan las ideas puras, las únicas útiles para la vida, pues las demás “bellas invenciones no me sirven para nada” (*Idearium*, 23).

Aún se mantiene abierto un debate, entre los estudiosos de la obra de Ganivet, sobre el valor de la teoría del buen salvaje en este acercamiento a la naturaleza como reacción

frente a la técnica; baste recordar que en su novela *La conquista del reino de Maya* hay tal complejidad —a causa de su ironía y su despiadada sátira social— que no es posible dilucidar lo que de natural y/o convencional existe en un grupo social en proceso de civilización. Probablemente, Ganivet no pretendía sino poner de manifiesto el horror que le producía la existencia, fuese social o natural. De ahí que su pretensión fuese la elaboración de un proyecto ético y moral del ser humano refractario totalmente a la vida social en todas sus manifestaciones: la colectividad es una buena estrategia para la brutalidad humana, encubierta de progreso y bienestar, por lo que sólo el individuo puede buscar la salvación en sí mismo, ajeno a todo instrumento o hecho artificial, elaborando para sí un manual de vida, un ideario que compendie y resuma una sabiduría vital capaz de prescindir de todo lo superficial, banal y subsidiario, de todo conocimiento que no reporte paz interior. El pequeño burgués de fin de siglo pasado, rebelde a las transformaciones científico-técnicas, se enfrenta a pecho descubierto a un mundo que no comprende y que empieza a venirle grande, por lo que ha de buscar el refugio en sí mismo, en lo único natural que encuentra a mano: el yo que ha ido intentando crear a base de sucesivas roturas de la careta o máscara social que el entorno le ha impuesto.

5. CIENCIA Y FILOSOFÍA

Finalizaremos este repaso por las ideas ganivetianas sobre el impacto tecnológico en su época encarando el problema de la ciencia, tal como es planteado en el final de siglo por un escritor de tendencias modernistas que acaba de asistir a la polémica de la ciencia española, protagonizada por Laverde, Pidal, Perojo, etc. La originalidad aportada por Ganivet a este debate, que se venía reproduciendo desde los albores del siglo XIX, es la de proponer una introspección en la propia concien-

cia nacional para generar un pensamiento original.

Pese a la opinión negativa que Ganivet tiene de la técnica —puesto que la identifica con la civilización, causante de todos los males del individuo y de la sociedad—, hay una veta en la ideología del escritor granadino que no es despectiva hacia la ciencia, a la que considera una bella realización humana, igual a la religión y al arte, en cuanto al ámbito de su conocimiento es el mismo y lo que difieren son los medios de expresión de las tres:

“La ciencia interpreta la realidad mediante fórmulas, el arte mediante imágenes y la religión mediante símbolos” (*Idearium español*, 62).

La ciencia positiva tiene un rasgo primordial, en opinión de Ganivet que es la de someter a observación todo objeto con indiferencia, sin apasionamiento; por este motivo, él mismo no puede actuar de un modo científico cuando escribe pues ni él es demasiado observador ni tiene por costumbre actuar y pensar con frialdad, con distancia y ecuanimidad. En segundo lugar, las “ciencias aplicadas”, como él las llama, no son materia de opinión, por lo que el Estado suele desentenderse de la regulación de su enseñanza —algo que no sucedía en materias filosóficas y humanísticas en general, por ser éstas discutibles—. Así se marca la enorme diferencia que separa a la filosofía de la ciencia, motivo de una relativamente extensa reflexión por parte de nuestro autor.

En este momento histórico, se es plenamente consciente de que la ciencia se ha emancipado de la filosofía, a la que había vivido sujeta en los siglos anteriores, y que en los últimos tiempos ha tomado las riendas de su sentido e imprimido una dirección a sus investigaciones de modo autónomo e independiente, lo que les ha permitido “realizar maravillosos progresos” (*España filosófica contemporánea*, 631).

La distancia que separa a las ciencias de la filosofía no sólo se

ahonda sino que llega a manifestarse en la existencia de dos tipos de mentalidades, según el tipo de educación o formación recibida: la mentalidad filosófica, que él juzga superior, y la científica, que es un mero adiestramiento técnico. No obstante, las corrientes filosóficas adoptan en la terminología ganivetiana el calificativo de “ciencias especulativas” en contraposición a las ciencias experimentales. Irremediablemente, el escritor se ha percatado de la fuerza con que las ciencias han conseguido crear un sistema de pensamiento propio, alejado de la especulación teórica filosófica, un sistema peculiar que se ha convertido en el distintivo de los nuevos tiempos, de los que él abomina por principio.

A pesar de sus diatribas contra la ciencia, esta nueva filosofía científica será una de las causas de la regeneración del país, si hemos de hacer caso a la descripción que años más tarde efectúa, cuando desde Finlandia el escritor imagine para su país natal una Universidad abierta al público, donde se realicen funciones científicas y artísticas que permitan avanzar a una nación necesitada de recogimiento para la creación.

Este recorrido por las ideas de Ángel Ganivet nos muestran un pensamiento en evolución, que va definiéndose a través de contradicciones y a veces hasta de paradojas, y que mantiene una aversión profunda a determinadas manifestaciones de la sociedad de su tiempo, principalmente la tecnología, que él identifica a todos los efectos con la ciencia, aunque empieza a vislumbrar una nítida separación entre ambas disciplinas. Con esta evolución del pensamiento ganivetiano esperamos habernos acercado a un debate que se mantuvo abierto, en la sociedad de hace un siglo, sobre la función de la ciencia y lo que es más importante, a la relación que España tuvo con los movimientos científicos del momento, sus aportaciones, influencias y penetraciones.



Plaza del Ayuntamiento y calle de Méndez Núñez, de Granada, en la época de Ganivet.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

FERNÁNDEZ SÁNCHEZ-ALARCOS, R. (1995): *La novela modernista de Ángel Ganivet*. Granada: Diputación Provincial/Fundación Caja de Granada.

GAN GIMÉNEZ, P. (ed.) (1979): *Las cartas de Ángel Ganivet*. Granada: Diputación Provincial de Granada.

GANIVET, Á.² (1943): *España filosófica contemporánea*. En *Obras completas*, tomo I, ed. de Melchor Fernández Almagro. Madrid: Aguilar. [1888].

– (1965): “Epistolario”, en *Revista de Occidente*, vol. 11, 273-323. Madrid. [Publicado póstumamente, recoge cartas desde 1891 a 1898].

– (1970): *Idearium español/El porvenir de España*. Madrid: Espasa-Calpe. [1897].

– (1971): *Cartas finlandesas/Hombres del norte*. Madrid: Espasa-Calpe. [1898].

– (1981): *Granada la bella*. Edición facsímil. Granada: Editorial Don Quijote. [1896].

– (1988): *La conquista del reino de Maya/Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Ed. Ángel Berenguer y Antonio Gallego Morell. Barcelona: Planeta. [1897 y 1898, respectivamente].

LLONA INCHAUTIETA, M.^a A. (1990): *Humanismo, sociedad y literatura en la obra de Ángel Ganivet*. Tesis doctoral. Universidad de Deusto.

OLMEDO MORENO, M. (1965b): “Actualidad de Ganivet”, en *Revista de Occidente*, n.º 11, 331-341. Madrid.

SANTIÁNEZ-TIÓ, N. (1994): *Ángel Ganivet, escritor modernista. Teoría y novela en el fin de siglo español*. Madrid: Gredos.

² Hemos citado por las ediciones que –en los últimos años– han estado disponibles en el mercado, si bien indicamos entre corchetes [] la fecha de edición original del libro.